

carriles. Como era de esperar, el mercado meridional español no escapó a las características del resto del país: un escaso tráfico que determinó una escasa rentabilidad. En cualquier caso, Ferrocarriles Andaluces no solo se mantuvo independiente de anexiones, sino que permaneció ligada a Paribas bien entrado el siglo xx.

El último capítulo es una miscelánea de inversiones francesas menores e inversiones de otros países. Entre estas aventuras, destaca la compañía de los Ferrocarriles de Madrid a Cáceres y Portugal, cuyo destino fue ligado a la compañía de los Ferrocarriles del Oeste de España, después de constatar la escasa viabilidad de ambas compañías. Lo mismo ocurrió con la compañía de los Caminos de Hierro del Sur de España, promovida por el aventurero catalán Ivo Bosch, que hundió definitivamente a Ferrocarriles Andaluces, tras sucumbir Paribas a las presiones del gobierno francés.

Para finalizar, Broder analiza algunas empresas belgas, entre las que destaca la compañía del Ferrocarril Central de Aragón, incidiendo en la rentabilidad y en el modelo de gestión de una empresa (con costes bajos e ingresos derivados de la venta de material) que los franceses nunca pudieron desarrollar.

En definitiva, repasando las distintas aventuras empresariales, uno se da cuenta de que ninguna o casi ninguna tuvo el éxito esperado, si es que lo tuvo. Entonces, ¿por qué «el gran negocio de los franceses»? ¿No sería mejor definirlo como el gran negocio de los bancos franceses? A la postre, parecieren ser los únicos beneficiados por la construcción del ferrocarril español, que tuvo un carácter extraordinariamente especulativo. Ello se demuestra no solo por el escaso interés de que dicha construcción tuviera efectos de arrastre sobre la industria francesa o que importara poco que el

ancho de vía aislara al mercado español del resto de Europa, sino también por las sobradas muestras de ingeniería financiera que el autor muestra a lo largo del libro.

Me quedarían simplemente unas líneas para presentar algunas debilidades de una obra cuyo valor es innegable. La edición que se nos presenta es una parte de la tesis del profesor Broder citada al comienzo de esta reseña, y por ello, pierde algo de su sentido. En efecto, a pesar del prólogo del autor, lo cierto es que queda sin explicar de manera explícita qué se quiere demostrar, lo cual se acentúa por las inexistentes conclusiones que darían más brillo al resultado final. Asimismo, se echa en falta algo más de síntesis, que haría más fácil que quien consulte el libro se hiciera una composición global del tema más allá del catálogo de empresas. Este, obviamente, es de gran valor, pero acaba por hacerse algo repetitivo para el lector, que se encuentra casi abrumado por las cifras, las precisiones milimétricas y las infinitas fuentes.

Todo ello, por supuesto, no menoscaba en absoluto una obra –que llega ahora en una de sus partes– que tuvo que ser de referencia para los historiadores económicos españoles. Estos se toparon con un formato, el de las tesis de Estado francesas, que hizo imposible una mayor divulgación.

Es, además, la mejor de las maneras de homenajear a Albert Broder.

Y eso... no tiene precio.

Rafael Castro Balaguer

Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, España

<http://dx.doi.org/10.1016/j.ihe.2015.03.008>

Rafael Dobado González y Andrés Calderón Fernández (Coords.). Pintura de los Reinos. Identidades compartidas en el mundo hispánico. Miradas varias, siglos XVI-XIX. Cornellà de Llobregat (Barcelona), Real Academia de la Historia, Fomento Cultural Banamex y Academia Mexicana de la Historia, 2012, 342 págs.

Si existe un artefacto histórico que se resiste a ser explicado en su compleja estructura político-institucional, cultural y económica es la llamada monarquía hispánica; y ello en su extensa duración temporal y en su dilatado, variado y variable alcance espacial. Su denominación carece de consenso y el uso de una u otra expresión define la posición de quien la utiliza para referirse a lo que «la gente conoce como *Imperio Español*», en palabras de Andrés Lira, director de la Academia Mexicana de la Historia. *Pintura de los Reinos* obedece a una inspiración muy apreciada por un sector tradicional de la historiografía que comparte el rechazo enérgico de la condición imperial de este entramado político. Lo explicita la directora del Fondo Cultural Banamex: el proyecto que patrocinaba «niega desde el título el carácter “colonial” o accesorio de América en el conjunto de la Monarquía Católica». Como si lo colonial fuera secundario en el seno de un imperio, en lugar de ser parte esencial del mismo.

El proyecto nació de una exposición de pintura y el libro lo hizo de 2 ciclos de conferencias, en Madrid y México, que al dar voz a destacados especialistas, se resiste a ser encerrado en los presupuestos antes mencionados, como lo prueban las contribuciones de Horst Pietschmann y Óscar Mazín, entre otros. *Pintura de los Reinos* reúne 16 textos en 3 secciones. Comentaremos los relativos a economía y población.

Los niveles de aproximación al pasado y la voluntad de comprensión desde las convicciones o desde el análisis factual marcan

las diferencias. Gonzalo Anes, lanza en ristre, embiste molinos que cree gigantes: la malhadada leyenda negra y su secuela discursiva, la letanía sobre el origen del subdesarrollo y de la miseria en la explotación colonial que obvia la corrupción y el mal gobierno de las etapas posteriores, nos dice, como si fueran explicaciones excluyentes. Tan entregado está a ensalzar las virtudes de la tarea civilizatoria, que las anunciadas consecuencias económicas de la desintegración de la «América virreinal», que dan título al artículo, se limitan a un cuadro de la evolución del PIB por habitante en el siglo XIX, convertido en prueba irrefutable del mal negocio de las independencias y el peor desempeño económico de las repúblicas.

Vicente Pérez Moreda ofrece una síntesis sobre la población española en los siglos XVI y XVII y los efectos de la emigración al Nuevo Mundo. De manera concisa resume las tesis de la población originaria de América y su hundimiento en el siglo XVI, para quedarse con la visión moderada, hoy ampliamente aceptada. A continuación, suscribe la explicación de Noble Cook que privilegia el intercambio biológico entre las causas del desplome, pero atribuye a las enfermedades letales entre el 90 y el 95% de la mortalidad atípica. Debe tratarse de una confusión, pues ese porcentaje responde a las cifras de Borah y S. Cook de la catástrofe demográfica en su conjunto, después de que elevaran la población precolombina a niveles máximos. Livi Bacci sitúa entre el 60 y el 80%, según el modelo escogido, la mortalidad de quienes fueron víctimas en el siglo XVI de algunas de las sucesivas epidemias, porque ni afectaban por igual a todas las edades ni debe desconocerse la progresiva inmunización. Mayor sorpresa produce que al registrar la recuperación demográfica del XVIII, conjeture que pudo deberse a las condiciones «garantizadas por la buena administración allí implantada a lo largo del periodo virreinal». Nada hallará el lector que illustre las consecuencias de las guerras de conquista, esclavización, abusos y sobre lo que Bacci, una vez las causas epidemiológicas pier-

den incidencia, destaca: el desplazamiento social y la sustracción del «patrimonio reproductivo», las mujeres que se transfieren a la esfera de los colonizadores.

Hablar de población en la América española obliga a contemplar calidades raciales relativamente estancas: el universo de las castas, desaparecido misteriosamente en estas primeras páginas. . . hasta el primer párrafo del primer texto de autoría americana, el de Dorothy Tanck de Estrada, en que precisa que de los seis millones de habitantes de la Nueva España en 1810, el 60% eran indios, el 16%, mestizos, y el 6%, negros y mulatos. El 90% de los indios vivía en pueblos de indios. La autora indica que las disposiciones del último tercio del XVIII para el control del gasto «superfluo» en estas comunidades incrementaron el fondo de las cajas municipales, pero hasta un 50% de los recursos eran transferidos cada año a las cajas virreinales; cuando comenzó el ciclo bélico en Europa, fue la condición para que en un porcentaje no inferior al 62% fuera remitido al rey en concepto de préstamos y donativos forzosos, que jamás serían recuperados. Fue el empobrecimiento de la población pobre en años de crisis y carestía agrícola. La síntesis de Gisela von Wobeser sobre los préstamos y la tendencia a canalizarlos a finales del XVIII hacia la monarquía en detrimento de los particulares, privando al virreinato de medios financieros, completa el panorama tardocolonial. Y es que el detalle de las coyunturas y las tendencias de los ciclos medios proporciona el valor del análisis histórico.

La contribución más extensa llega de la mano de Andrés Calderón y Rafael Dobado: «Siete mitos acerca de la historia económica del mundo hispánico». El texto cumple con creces la voluntad polémica anunciada por los autores. Y el lector debe agradecer su capacidad de remover convenciones mal fundamentadas. Aquí se regresa al origen del atraso económico. No todos los «mitos», empero, serán rebatidos con similar fuerza argumental ni con evidencias consistentes. Es sencillo compartir la crítica a la confusión entre escasez de moneda fraccionaria y ausencia de circulante por una excesiva extracción de metálico, que habría limitado el desarrollo. El argumento, en cambio, se concilia mal con las consecuencias de la ausencia de vellón: el ajuste de las cantidades de los productos en venta en el menudeo a las unidades monetarias más frecuentes, presentado como solución, prescinde de la capacidad de compra del consumidor y de la conservación de alimentos perecederos. La utilización de fichas, también mencionada, creaba una clientela cautiva, y no debe obviarse su efecto sobre la fijación de precios en ausencia de competencia.

El nivel de vida, el crecimiento de la renta per cápita y la conclusión de los autores sobre estructuras menos desiguales en América que en Europa, tomadas por evidencias para desmentir la noción de explotación colonial como origen del atraso, forman el bloque más

rocioso y el núcleo de la discusión al resultar una combinación de convicciones y una metodología discutible. Los autores trasladan la formación de la auténtica desigualdad a la etapa republicana. La desigualdad tiene demasiados padres, y simplificar su historia en aras de liquidar patrañas puede llevarnos a balancearnos aferrados al péndulo. ¿Cómo medir el grado de desigualdad por los salarios reales cuando los ingresos de la población indígena en gran medida no están sometidos a retribución monetaria?

Se presenta un argumento al que Dobado –en solitario y en sociedad– ha dedicado varios y documentados estudios: el nivel de vida en una de las actividades mejor asociada a la explotación colonial, el trabajo en las minas. Sus conclusiones muestran que los salarios monetarios a comienzos del siglo XIX eran altos en términos de adquisición de carne o azúcar. Conviene recordar que la población minera no superaba los 50.000 hombres en un país de seis millones. Detengámonos en Guanajuato. ¿Cómo conciliar altos salarios, abundante mano de obra en disposición de ser empleada y una constante demanda de fuerza laboral en las minas a lo largo del XVIII? Los testimonios históricos y los estudios recientes de Villalba Bustamante indican que los trabajadores no duraban demasiado en los puestos, eran indisciplinados y recurrieron al motín en cuanto se les quiso someter a tributo, actitudes poco frecuentes en un mercado laboral competitivo cuando en supuestos de empleos privilegiados el coste de la protesta –envío de tropas, reforzamiento de las competencias de los mandones, empleo de vigilancia– excede los posibles beneficios. El salario medio del operario de mina doblaba el de los peones agrícolas de la región, muy abundantes y en su mayoría indios y mestizos, mientras los primeros solían ser indios y negros, estos en proporción superior al de su peso demográfico. A finales del siglo XVIII, el salario de los trabajadores más cualificados fue 5 veces el de un peón agrícola. Pero el repartimiento de indios se había reforzado en 1783 a petición de los empresarios, ya que aquellos rehuían las minas y hasta despoblaban los lugares para evitar ser reclutados. El examen de este mercado laboral específico, el de extracción de metales preciosos que puede permitirse remuneraciones extraordinarias –y aun así es resistido–, nos presenta la inconveniencia de generalizar análisis basados en salarios en economías en las que no se ha ponderado suficientemente la proporción de población asalariada ni el peso del salario en la supervivencia. Y conduce a preguntarse por el origen de las diferencias en sociedades que en 1810 optaron por abandonar la condición colonial.

José Antonio Piqueras Arenas
Universitat Jaume I, Castellón de la Plana, España

<http://dx.doi.org/10.1016/j.ihe.2015.03.009>

Owen Jones. *The Establishment. And How They Get Away With It*. London, Penguin Books, 2014, 358 págs., ISBN: 978-1-846-14719-7.

Owen Jones es activista social y columnista del diario *The Guardian*, y se ha convertido en la cara más mediática de la izquierda británica extraparlamentaria. *The Establishment. And How They Get Away With It* (El *establishment* y cómo se salen con la suya) es su segundo libro, tras el éxito de *Chavs. La demonización de la clase obrera*. Si *Chavs* trata sobre cómo se ha destruido la imagen de una antes orgullosa clase obrera británica, tras convencer a parte de la sociedad de que «todos somos clase media», *The Establishment* se centra en cómo una minoría, utilizando el discurso del mercado

libre, se está apropiando de la riqueza y el poder en la Gran Bretaña actual. Ambos libros se centran en el caso inglés, pero conforman 2 caras de un mismo discurso global, compartido por movimientos sociales de otros países, que denuncia un proceso en el que hay perdedores y ganadores, y que ha contado con la complicidad de la clase política y el papel determinante de los medios de comunicación.

A lo largo de su segunda obra, Jones hilvana su argumentación mediante entrevistas a actores relevantes del *establishment*, descrito como «grupos poderosos que necesitan proteger su posición [...] y administran la democracia para asegurar que sus intereses no se vean amenazados», personas relacionadas con *think tanks*, como el *Adam Smith Institute*, los diferentes partidos integrados en el Parlamento, la *City*, los medios de comunicación o la policía. A través de numerosos ejemplos y con un uso exhaustivo de artículos publi-